

**tufic**  
**yazbek**  
**PRESENCIA SINGULAR**

**HELIOGRABADOS**

## Pasillo de luz



Cuando se hace una fotografía siempre se toma un riesgo. "El instante decisivo" que elaboró Henri Cartier-Bresson plantea numerosos problemas formales. Uno crucial es el de la composición: "el único par de circunferencias de que dispone el fotógrafo es su par de ojos. Cualquier análisis de tipo geométrico, cualquier reducción de la fotografía a un esquema, sólo puede ser hecho después de que la fotografía haya sido tomada, revelada y copiada, y luego podrá ser utilizado apenas para un examen *post mortem* de la fotografía". Aquí se nos impone este mismo problema. Un juego geométrico creado por las sombras que provoca un pasillo en la azotea. El tiempo que corre en esta imagen está claramente resuelto a partir de su armonía y precisión. Las mutaciones que provoca el tránsito de la luz se condensan en una sola extensión del objeto y su silueta alargada en el muro. El vértice que genera esta composición es ejemplar por su imponente sencillez. La ausencia de la figura humana no afecta la toma. Todo es forma, todo es imagen, todo es construcción de luz. Ese vacío etéreo que anuncia es providencial. Incluso las nubes que surcan el cielo son apenas sugeridas para no violentar la composición. El instante decisivo demanda que la naturaleza se encuadre a la mirada del fotógrafo.

## Suceso en el río



En medio de un mar de cuerpos semidesnudos, una mujer se tiende inerte en el pasto. No hay forma de identificar su complexión o edad. Su género en realidad se deduce por las zapatillas de correa que tiene puestas. Hay cerca de una veintena de personas en la imagen, todas descalzas. Este contraste con la mujer postrada sugiere que ella padeció un accidente y que los bañistas la rescataron del agua. La atención de la muchedumbre se concentra en la persona inconsciente. Las tragedias captadas fotográficamente tienen esa capacidad de llenarnos de dudas. No hay forma de saber si nuestras especulaciones son ciertas o si el breve momento que captó la cámara en realidad es la antesala de algo completamente distinto. Lo que vuelve hipnótica esta imagen es que todo ocurre frente a nuestros ojos, pero no hay forma de verlo. Las miradas y las posturas se agolpan para mostrarnos un cuerpo totalmente indefenso tirado boca abajo en el suelo. La violencia que contiene esta fotografía radica justamente en que no vemos rastros de sangre o una cara descompuesta. Las piernas desnudas y esas zapatillas son el testimonio franco de que aquellos jóvenes intentan auxiliar a una persona que se debate entre la vida y la muerte.

## Cabaretera



Hay fotografías que seducen porque parecen, en principio, imágenes que no deberían ser vistas. Esa mezcla entre morbo y asombro es una ecuación difícil de evadir. Como ocurre cuando circulamos en alguna congestionada avenida y nos damos cuenta de que el tráfico es provocado por un accidente e, instintivamente, circulamos más lento para ver con el mayor detalle posible la dimensión de la tragedia.

Así ocurre con esta oscura escena que tiene al centro, y sobre un estrado, el cuerpo semidesnudo de una mujer. Aunque todo es borroso, podemos capturar los elementos centrales: la iluminación, que provoca un fuerte contraluz, hace brillar ambas piernas de la protagonista. Un poco más en la penumbra vemos extendido su brazo derecho y, apenas sugerido, alcanzamos a trazar su rostro y su cabello oscuro. Si ponemos un poco de imaginación, la mujer está cantando en un turbio cabaret. La poca ropa y su figura bien torneada evocan a una bailarina de variedad. Es casi imposible distinguir si su actuación es ante un público abarrotado o si sólo está actuando para la cámara. El misterio se concentra en un cuerpo, un escenario y la violenta luz que irrumpe lacerando su lencería blanca. Como si hiciera falta más misterio, tras el escenario hay una puerta que conduce a un cuarto oscuro, de pesadilla. La mujer semidesnuda nos guía con el brazo extendido, cual Virgilio, hacia el purgatorio.

## Viaje en barca



Hay ocasiones en que nos sorprendemos inmersos en las aguas de esa delgada línea que separa al sueño de la vigilia. La consciencia, diluida por una sensación de contemplación o cansancio, da paso a un letargo que parece eterno, aunque en realidad sólo se trate de un espasmo de tiempo. Las escenas de viaje se relacionan casi siempre con la urgencia de un gran impacto visual, con paisajes que te quitan el aliento o te ponen en alerta total. Pero el viaje también se colma de grandes pausas en las que todo ocurre desde la ausencia de dramatismo, desde la certeza que deja haber vivido un momento trascendental o algo que de tan efímero y fugaz será recordado hasta el final de nuestros días. Esa tensión es la que domina esta imagen. Un momento de tránsito que cautiva por su sencillez, por su capacidad de evocar una épica no resuelta, donde cualquier historia puede anteceder o preceder a la instantánea. No importa si el duermevela del personaje central está colmado de un amor no correspondido o de una derrota sin igual. Su extraviado rostro, a punto de desplomarse por el cabeceo del sueño, lo coloca en una situación primigenia. Al tratar de identificarlo saltan sin remedio nombres que nos ha impuesto la literatura: Odiseo, Gulliver, Pedro Páramo...

## Pelea de gallos



Pocas batallas tienen tantas cualidades plásticas como las peleas de gallos. No es casualidad que sean motivo de numerosas obras del arte y la literatura. Por nombrar dos casos conocidos, están la gráfica de Chucho Reyes o la novela corta *El gallo de oro* (1980), de Juan Rulfo. El movimiento, la intensidad, la fuerza y la elasticidad que adquieren los animales al momento de buscar imponerse a su igual, se vuelven un ejercicio de transfiguración que se consume casi tan rápido como inicia. En esta fotografía la cresta totalmente erguida del gallo que somete a su oponente lo convierte en un personaje no sólo literario sino histórico. Las aves y su fina belleza se transforman en un arma letal, que sin miramiento puede dar muerte a su oponente. Más allá del debate moral sobre lo problemático que resultan estos encuentros en términos del maltrato animal, no cabe duda de que su permanencia en la mayor parte de las regiones de México y de otros países revela su vigencia como fenómeno cultural. En este sentido, la penetrante sombra de una persona que observa desde el extremo izquierdo de la imagen confirma que el hombre es el artífice de este sangriento encuentro.

## Disrupción



Este tipo de encuadre nos lo enseñó desde el siglo XIX el pintor Gustave Courbet con *El origen del mundo* (1866). El violento corte del cuerpo femenino, desde los pechos hasta las piernas, es una construcción cultural que, por evocadora, va más allá de la piel desnuda. El sexo de la mujer, sin importar que esté expuesto o no, se torna el centro de la imagen. En esta fotografía todo gira por y para la entrepierna de la joven. La ambigua lucha o complicidad que existe entre las manos de la mujer y las de un hombre permite transitar de un momento erótico a uno de extrema violencia. Al levantar ella el vestido, el hambriento tacto masculino irrumpe para retirar su ropa interior. La postura sugiere que la mujer está al tanto de lo que pasa a la altura de su sexo. La oscura gabardina del hombre hace de su cuerpo un volumen anónimo que se pierde con el entorno, aunque su presencia es tan protagónica como la de las largas piernas expuestas. La pasividad de la mujer nos recuerda que con mucha frecuencia este tipo de encuentros no ocurren por consenso de las dos partes, aunque sí exista algún acuerdo. Aquí es donde el erotismo cede ante la realidad. La imagen cautiva porque es violenta y perversa. La posibilidad de que sea el preámbulo de un asalto sexual le da un tono oscuro, aunque no por ello menos seductor.

## A la orilla del lago



No cabe duda de que el cine nace de la fotografía, pero hay ocasiones en que la fotografía condensa en una sola captura gran parte del imaginario cinematográfico. Al observar esta toma de un grupo de jóvenes que se reúnen a la orilla del río para bañarse, o bien realizar un viaje en velero, se agolpan muchas de las vistas que han formado el inconsciente colectivo del cine mexicano. Como si se tratara de tipos que van marcando diversos episodios, la fotografía muestra a personajes hieráticos al mejor estilo de *Redes* (Gómez Muriel y Zinnemann, 1936), pero también nos lleva a esos míticos atardeceres enmarcados por intensos cielos que tantas veces capturaron *El Indio* Fernández y Gabriel Figueroa. La fotografía claramente es reflejo de su época e insistentemente suma elementos que le dan fuerza y movimiento. Importa tanto el hombre al borde del muelle, que contempla a los bañistas, como los niños que juegan en el agua y desenfadadamente miran a la cámara, su simple presencia nos hace ver que el tiempo no se interrumpe, sino que mantiene esa continua tensión entre quien ve y quien contempla. Esta ecuación nos involucra irremediabilmente para sumarnos a ese gozoso momento de ocio colectivo.



## Salto al vacío



Qué puede existir más evocador que el acto de volar. Desde que se es niño, la fantasía de vestir una capa y surcar el firmamento es uno de los deseos primigenios. El vértigo y la adrenalina que se sienten al despegar por primera vez en un avión, o al tirarse a una alberca desde su trampolín, marcan la vida de cualquier persona. Perder la seguridad que da el tener los pies plantados sobre la tierra es uno de los retos que han confrontado al hombre desde siempre. Al mismo tiempo, el vacío y la caída son miedos que se antojan tan viejos como la propia humanidad. Esta dialéctica es lo que da cuerpo y textura a la imagen de un hombre saltando en traje de baño sobre un tejado. La violenta contrapicada borra por completo el horizonte y no hay forma de saber si el joven que extiende sus brazos en pleno vuelo caerá finalmente en una piscina o si se impactará contra el tejado que señala la trayectoria de su rostro. En realidad, no importa el feliz o trágico desenlace. Lo crucial es el cúmulo de posibilidades que evoca la fotografía. El limpio cielo y la estructura metálica que enmarca la escena son el telón de fondo de un evento cuya conclusión queda irremediablemente abierta a la imaginación del espectador.

## Traffic watch



La retícula es una herramienta que se estandarizó culturalmente por la funcionalidad que otorga a disciplinas como la arquitectura, pero en términos plásticos ha sido una de las grandes obsesiones de la propia historia del arte. El pintor Piet Mondrian es el caso arquetípico, ya que deliberadamente expuso la retícula en su obra. Pero existen otros casos célebres, como Diego de Velázquez, cuyo famoso cuadro *Las Meninas* (1656) no hubiera sido posible sin una precisa e invisible red que sostiene la composición.

En fotografía la retícula es crucial a la hora de encuadrar la imagen, la distribución, las líneas de fuga, la perspectiva y el horizonte. Prácticamente cualquier de una composición puede ser leído a partir de ella. Pero, nuevamente, cuando la trama geométrica se muestra ostensivamente, la fotografía agiganta sus dimensiones. Veamos esta escena, por demás sencilla. Un cruce vehicular en la ciudad de Los Ángeles a inicios del siglo XX. La toma cenital registra tres vehículos de la época y una fragmentada retícula de módulos triangulares que es generada por las líneas que guían el tránsito en el pavimento. Lo seductor de este paisaje radica justamente en su simpleza, que traza un limpio encuadre de líneas y volúmenes. Todo en la imagen sugiere movimiento, mientras que la ausencia de la figura humana le imprime una escala irreal. La composición, casi en un plano holandés, llena de vértigo la fotografía, pues sugiere que en cualquier momento los automóviles pueden caer al vacío.

## Retrato cortado



Lo más seductor de los errores es que se convierten en cosas difíciles de controlar. Mostrar un retrato de perfil donde están cancelados los rasgos más representativos del rostro, concretamente la nariz y la boca, parece un problema imposible de librar. Sin embargo, lo que revelan este tipo de composiciones en realidad es otra forma de acentuar la manera en la que entendemos la realidad. Además, este rostro, intervenido por el encuadre de la cámara, se vuelve cautivador por derecho propio.

Otro elemento que le da valor a esta imagen es la insistencia que el fotógrafo tuvo en realizar tomas como esta. En varios retratos nos ofrece una mirada distinta a la hora de generar una representación de las personas. Omitir una nariz o una boca abre la posibilidad de la interpretación, pero al mismo tiempo centra el encuadre en una quijada fuerte o en una mirada aparentemente perdida, pero que en realidad está atenta a algo. La diminuta corbata confirma que, a contracorriente del canon establecido, el centro de la imagen ha sido desplazado. El vacío que domina el extremo superior izquierdo nos recuerda que la composición, que indica justo lo contrario, puede ponerse en crisis para mostrarnos un personaje que no necesitamos identificar para realmente conocerlo.

## Muchacha jugando



Cuando jugamos, el tiempo se detiene y el movimiento adquiere otra dimensión. En esta escena, que ocurre en una despejada terraza, la acción se divide en dos momentos. El primero claramente lo impone una joven mujer que se columpia con sus brazos extendidos, sujeta de un tubo que en algún momento fue el soporte de un techo temporal. La protagonista no es una atleta, ni siquiera viste ropa deportiva, su robusto cuerpo y el vestido que la cubre desde el cuello hasta las rodillas dejan claro que es una muchacha común que sólo se está divirtiendo. Sin embargo, la acrobacia logra una gravedad tal que a primera vista nos trae a la memoria imágenes de aquellas diminutas y flexibles deportistas que realizan piruetas en competencias de gimnasia.

El vuelo se intensifica con el paisaje que lo rodea: la típica ciudad de provincia cuyo edificio más prominente es la iglesia. Al pie de un río, la vegetación que domina de extremo a extremo el escenario es interrumpido por cuatro personas que contemplan la vista y que no ponen ninguna atención a la mujer que se columpia. El hecho cobra relevancia porque sugiere, implícitamente, que la libertad que muestra con su juego es algo que no se hubiera permitido ante la mirada escrutadora de sus acompañantes, pero que en cambio sí fue posible para el ojo de su pareja, quien la mira tras la lente de la cámara.

## Mujer recostada



Si bien la mujer conserva su anonimato, la realidad es que fue un personaje que logró una intimidad profunda con el fotógrafo. El retrato demuestra que estaba viviendo con él un momento crucial. El torso desnudo, pero en especial la postura corporal, seducen la mirada del espectador al tiempo que la retan. Al extender sus brazos y entrelazarlos sutilmente sobre su cabeza, la mujer invita a explorar con detalle su cuerpo. El vínculo se confirma a través de una mirada aprobatoria y una sonrisa apenas sugerida. La escena es tan eficiente que surge, casi inmediatamente, la comparación con un ícono de la pintura universal: *La maja desnuda* (1797-1800), de Francisco de Goya. Estamos ante un retrato poderoso, lleno de complicidad, en el cual la modelo toma el control de la escena y el fotógrafo la registra a plenitud. La luz artificial produce una atmósfera íntima; la sombra apenas se sugiere en uno de sus hombros, pero en realidad todo es luminosidad. Las almohadas blancas funcionan como telón de fondo y el listón de su vestido cruza sobre su cuello para enmarcar sus turgentes pechos. Es casi seguro que la anónima mujer posó para el retrato más bello y logrado que le hayan hecho en su vida.

## Silla eléctrica



La escena es tan tétrica como real. La imagen captura el momento preciso de la ejecución pública de un hombre en la silla eléctrica de Nueva York, en 1939. En la fotografía todos los elementos suman al drama, empezando por la iluminación que, producto de la descarga, genera una serie de reflejos y sombras que convierten a la concurrencia en personajes de historieta. En el pequeño estrado la escena es dominada por tres guardias, el sentenciado y un cura, quienes acentúan la tensión del mortal acontecimiento con su ejemplar pasividad. En el extremo derecho la presencia del sacerdote intensifica el terror. Un caprichoso reflejo en sus anteojos lo convierte en un ser demoníaco, contrario a la imagen de paz que se esperaba de un hombre de Dios.

Al ser una ejecución pública, la sala está repleta de espectadores cuyas espaldas crean una pequeña ola negra, coronada con unas cuantas cabezas cubiertas por sombreros. Casi todos los presentes son hombres, sólo se sugiere la presencia de una mujer gracias a un vestido con flores que se asoma entrecortado en el primer plano de la imagen. Por su posición, la mujer es el personaje que más empatía provoca, seguramente se encontraba a unos metros del fotógrafo. La distancia que tiene de la escena no es muy diferente a la de la cámara. En cierta forma, lo que ella vio aquel día es lo que podemos ver ahora a través de la fotografía.